

«Mis poemas no podrían cantarse»

 elcorreoweb.es/cultura/mis-poemas-no-podrian-cantarse-YY1256265

Ha coqueteado con la idea de abandonar la poesía, el género en que se dio a conocer. Dos novelas, *Vida de Pablo* y *El viaje a pie de Johann Sebastian Bach*, habían insinuado la posibilidad de que fuera cierto. Pero Carlos Pardo (Madrid, 1975) ha vuelto a los versos, y lo ha hecho a lo grande: *Los allanadores*, editado por Pre-Textos, vuelve a poner el listón alto.

«Digamos que por un lado me he cansado de la profesionalización, de posar como poeta», explica el autor. «Y por otro me he dado cuenta de que solo puedo escribir poesía, o mejor dicho poemas, cuando siento que es el último que voy a escribir. Creo que he aceptado que la poesía, para mí, es una cuestión cada vez más íntima –de búsqueda de una intimidad con el mundo– y que eso me lleva descreer de mí como poeta y de toda la parafernalia que acompaña al oficio», afirma.

El madrileño, en todo caso, habla de poesía y prosa desde una frontera porosa. «Algunos poemas de *Los allanadores* me llevaron a la prosa, a la liberación en la prosa... Pero la prosa, muchas veces me ha traído de vuelta al poema, a la necesidad de los límites que se dan en la poesía. Es esa vieja idea de que para pensar en el infinito nada mejor que poner una cerca delante, como sugirió Leopardi. Las novelas, muchas veces, me han hecho volver a necesitar la poesía como un medio de expresión propio, más íntimo, más ligero, más supersticioso del lenguaje. Pero creo que he vuelto a los poemas con la sensación de haber ganado una libertad que antes no tenía», agrega.

«Desordenado, distorsionado, humorístico», son adjetivos que le van bien al autor de *Los allanadores*, quien considera la ironía «un órgano de conocimiento: a la vez acercamiento y distancia. Es atreverse a decir determinadas cosas sabiendo que no son universales, eternas, sino contingentes, históricas. Por ejemplo: te quiero o vamos a hacer la revolución», asevera. «La ironía es una hiperconciencia del lugar que ocupamos en el mundo y en el lenguaje. Se parece a una cosa que se intentaron los filósofos neokantianos: la filosofía del *como sí*. Amemos como si existiera el amor, peleemos como si la utopía fuera posible, escribamos como si fuera necesario. Es una manera de no paralizarte por un exceso de juicio».

Otro elemento que está siempre presente en la obra de Pardo, incluso cuando no es de forma explícita, es la música, una de sus pasiones. «Hay muchas referencias en este libro: la teoría de los armónicos, el homenaje a Judee Sill, que se convirtió en una canción del último disco de Sex Museum», comenta.

Sin embargo, no está de acuerdo con la idea de que la mejor poesía esté en el rock. «Es más, suele tener formas muy convencionales. O mejor dicho tradicionales. Si uno piensa en grandes letristas de country, como John Prine, desde luego sus canciones son poemas brutales a la altura de un Larkin... y muchos clásicos. Pero a mí me interesa una musicalidad específica que puede tener la poesía sin necesidad de ajustarse a un ritmo de 4x4. Yo creo que mis poemas, que son eminentemente musicales, no pueden cantarse... Prefiero algo quizá más experimental, roto, quebrado. Sólo unos pocos, quizá Franco Battiato nada más, ha sido capaz de combinar libertad y gran poesía con música. Si alguna vez hiciera una canción, ese sería el modelo».

Cuando se le recuerda la frase de Montale, «Antes teníamos lectores, pero se han puesto a escribir», Pardo sonríe. «Bueno, la poesía es minoritaria y suele darse la doble faz lector/poeta. Podríamos hablar de los éxitos en la escolarización... Me parece bien que la escritura ya no dependa de unas clases medias reducidas con tiempo libre. Pero eso no quita que en España haya cierta obsesión por no salir de nuestras fronteras (cuando somos un país periférico respecto a nuestro idioma, el español) y dedicarnos al

zancadilleo. Parece que muchos piensan que si surge un escritor, es para ocupar tu sitio, cuando hay sitio para todos. Estas son las cosas que me hacen decir que ya no soy poeta, ni novelista, ni nada... para no competir y dedicarme a lo mío», apunta.

Sea como fuere, el autor está convencido de que escribir es en cierto modo allanar, «un lugar prestado o robado, el de un lenguaje que existe antes que nosotros. También vivir es allanar: estar en el mundo como si (otra vez el *como si*) fuera nuestro. Apropiarse del mundo, hacerlo tuyo, un hogar. Lo mismo el lenguaje y la política. No pedir permiso: apropiarse. Y luego conservarlo, es decir ser respetuoso. Parece que estoy haciendo una apología del okupa, pero creo que la poesía debe volver a apropiarse de la realidad, con cierto respeto pero sin complejos».